



autor ha dedicado este texto a los verdaderos protagonistas: a todos los españoles anónimos que atravesaron un periodo triste de nuestra historia, tan sólo con la dignidad que da el propio trabajo y el no contaminarse explotando las necesidades de los demás; ellos fueron los auténticos autores, con el sudor de su frente, de nuestra reconstrucción.

Uno de tantos párrafos del libro nos da cuenta de esa epopeya:

«En ese azaroso vivir de la década de 1940, el español humilde sufrió hasta extremos que había de retrotraerse a los grandes azotes del pasado para encontrar parangón. Pero esto trajo su enorme cambio. La vida dejó de ser para grandes masas de españoles algo apacible y propenso al remanso de la tertulia de café y al vivir con cuatro cuartos. (Fue en esta década cuando se produjo la desaparición de los grandes cafés: Pombó, el Universal, el Castilla, el Lepanto, Molinero...) El español se convirtió en un hombre de lucha que multiplicó sus horas de trabajo y recreación su espíritu para superar la adversidad. Tenía en la cima del Poder a un hombre cuya teoría era la de que «había que llenar la copa de los de arriba para que de este modo se derramase algo sobre los de abajo». Y el español luchó de tal modo que tuvo primero que enriquecer a una oligarquía hasta dejarla ahíta. Y cuando le llegó algo y pudo mejorar su triste suerte, pudo estar seguro de una cosa: lo que le llegaba a sus manos no era regalo de nadie. Lo había ganado a pulso, con su esfuerzo, trabajando horas y horas; lo había ganado sacrificando muchas cosas:

sus domingos, sus vacaciones, el estar con sus hijos, hasta el irse un día al cine con su mujer».

Este auténtico estudio sociológico de la inmediata postguerra española, está escrito con un estilo vivo y directo, casi propio de un periodista, y sin dejar por ello de perder lucidez y profundidad en el análisis. Abella ha realizado su mejor libro hasta la fecha. Junto al impecable texto hay que destacar la importante aportación fotográfica, ya característica y significativa a que nos tiene acostumbrados la colección «Espejo de España». ■ JOSEP CARLES CLEMENTE.

## ECONOMIA, POLITICA Y SOCIEDAD EN EL MEXICO BORBONICO

El historiador aspira, con la mejor de las intenciones, a colmar lagunas en el conocimiento del pasado. Y en nombre de este propósito, cada investigación importante aplica nuevas técnicas, nuevos métodos, y abre la mente a reflexiones inéditas. Es éste el caso del libro de D. A. Brading (1), que abre camino en un terreno donde no existían antecedentes historiográficos de cierta importancia. Ello ofrecía generosas posibilidades a la investigación, pero también planteaba numerosos problemas por la carencia de puntos de referencia. El autor los resuelve desarrollando un plan de trabajo que divide la obra en tres estudios: esboza los caracteres generales del México del siglo XVIII (al que alude en el título como «México borbónico») y sobre esta base elabora la segunda parte: «Mineros y comerciantes», y la tercera: «Guanajuato». En el prólogo se advierte: «Debe notarse que los tres estudios han sido concebidos como enfoques autónomos del México de finales del siglo XVIII, y que entre ellos no existe una relación lógica progresiva».

La investigación se apoya en una tesonera labor de archivo. Los ricos

(1) D. A. Brading, *Mineros y comerciantes en el México borbónico (1763-1810)*, Madrid-México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

depósitos notariales consultados por el autor; los expedientes de la Sección de Minería del Archivo General de Indias, en Sevilla, suponen el examen de una masa documental por demás respetable. Esto era necesario atendiendo a la exigua atención que ha merecido el tema hasta el momento. No obstante, debe señalarse que el progreso económico de México, en el marco general de la administración colonial, fue uno de los éxitos más resonantes de la política de recuperación financiera de las Indias impulsada por los borbones durante la época de la Ilustración. El programa fiscal reflejó inmediatamente los resultados favorables, pues las estimaciones corrientes indican que México aportaba las dos terceras partes de las rentas que la corona obtenía de las Indias.

Una importantísima primera parte del trabajo está referida al problema político y administrativo. Se destaca, especialmente, el papel cumplido por el visitador José de Gálvez. Su lucha empecinada contra la corrupción imperante en buena parte del funcionamiento colonial le concitó fuertes antipatías, pero su decidida actitud hizo posible el reordenamiento y saneamiento de la administración. Un orden colonial donde la riqueza estaba concentrada en pocas manos no podía menos que presentar oposición a las ideas de este abogado malagueño, que ponía al descubierto los vicios de un sistema que alimentaba la prosperidad de los privilegiados y generaba las más variadas formas de burlar la administración. Siguió a Gálvez, en esta tarea reformadora, el virrey Bucareli y, más tarde, el conde de Revillagigedo.

El libro introduce al lector en el conocimiento de la estructura de la producción minera; los grupos sociales comprometidos en la explotación del metal; las dificultades técnicas que se presentaron y las soluciones ensayadas para superarlas, etc. También se analizan en sus páginas los éxitos y fracasos que conocieron algunas empresas, resultados derivados unas veces de la capacidad personal, y otras, de las posibilidades de invertir fuertes sumas de capital. Asimismo, intervenía frecuentemente la mayor o menor rapidez con que se producía el agotamiento de las vetas en explotación. «Sin embargo —escribe el autor—, el crecimiento de la producción de plata fue una tendencia continua que duró

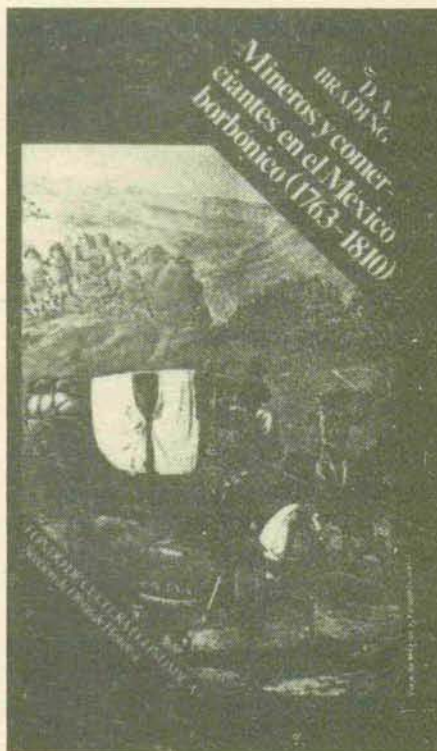
todo el siglo: en cada decenio, con la excepción del de 1760 a 1770, se registró un aumento de la producción sobre el anterior. Además, esta expansión obedecía a mecanismos internos; al contrario de la que tuvo lugar en el siglo XIX, no fue dependiente ni de la técnica ni del capital extranjeros, ni tampoco fue, como la del siglo XVI, un florecimiento espontáneo por consecuencia de nuevos descubrimientos. Muchos de los antiguos campos mineros, tales como los de Zacatecas, Real del Monte y Guanajuato, siguieron siendo productores importantes hasta el fin de la colonia.»

La investigación de Brading, aunque anuncia un marco cronológico de algo más de cuarenta años, no renuncia a incursionar en el período histórico de plazo largo cuando el desarrollo de la relación explicativa así lo reclama. Así, por ejemplo, el hecho de que Zacatecas se mantuviera, durante cerca de doscientos años, en un lugar de privilegio dentro de la minería mexicana, sólo se comprende si atendemos a que las generaciones que se sucedieron en la zona utilizaron, con éxito, la experiencia acumulada por sus antecesores para perfeccionar métodos, o emplear otros nuevos, logrando extraer más mineral de vetas que, ocasionalmente, se encontraban abandonadas por improductivas.

Una hacienda minera, estructurada para realizar el beneficio del material, configuraba, para la época, una gran empresa industrial y exigía grandes inversiones. Aunque las grandes minas eran las que atraían la atención de los observadores y casi todas las referencias nos remiten a ellas (las de Veta Vizcaina y la de Valencia), lo cierto es que, «dentro de la minería mexicana existía gran variedad tanto en el tamaño de las empresas como en el grado de integración vertical». Y en este sentido, el autor ilumina uno de los aspectos más interesantes de la historia económica del período, cual es la existencia de diversas relaciones entre la mina y empresas complementarias. También abre este estudio una importante página en la historia social, pues incluye el examen de las grandes familias mineras, como los Fagoaga, de Sombrerete; o el conde de Reglá, de la Real del Monte.

El análisis de la situación de los trabajadores del sector minero y su movimiento migratorio debido a las

oportunidades de trabajo que proporcionaban las nuevas vetas en explotación, viene a completar el espectro social. Se trataba de familias que trabajaban en las minas por sucesivas generaciones, constituyendo su mayoría, sin embargo, una fuerza libre de trabajo. Ello no excluía la existencia simultánea de trabajadores reclutados por la fuerza. El autor concluye este capítulo anotando algunas lagunas significativas que han impedido, hasta el presente, el completo éxito de una historia social: «La sociología de la minería de plata en México presenta un problema casi insoluble para el historiador, la ausencia de información sobre los



fracasos, las quiebras, y sobre la deprimente tragedia social que el progreso ocultaba. Velázquez de León afirmó en una ocasión que de cada diez personas que emprendían las actividades mineras, ocho perdían todo su dinero. ... Por otra parte, muchas de las mayores fortunas coloniales se hicieron con la minería de plata. Los mineros mexicanos adquirieron, durante el siglo XVIII por lo menos dieciséis títulos de nobleza, número considerablemente más alto de los que obtuvieron sus cautelosos rivales, los comerciantes».

Otro sector social abordado en este estudio es, precisamente, este último. El comercio se entendía, en Nueva España, como una actividad al alcance de todos; pero las grandes

fortunas se amasaron en el comercio internacional, el que se especializó en el transporte de mercaderías «del otro lado de los océanos, de Sevilla y Manila, y no en el intercambio de productos locales». Las condiciones en que se realizaba este comercio —compra de lotes completos de productos y pago inmediato— marginaba automáticamente a los comerciantes menores. En consecuencia, el monopolio del intercambio era detentado por un reducido núcleo de ricos importadores. Sus centros de operación eran: Jalapa, feria cercana a Veracruz, y Acapulco, donde desembarcaba la mercadería a la llegada del galeón de Manila. Estos comerciantes distribuían, más tarde, los géneros a los compradores de las diversas regiones del país. Los beneficios que les proporcionaba el sistema hizo que contribuyeran, conjuntamente con los exportadores de Cádiz, a mantener la práctica de convoyes para escoltar a la marina mercante.

El autor explora el origen de las grandes firmas mercantiles de México. Es entonces que se advierte la existencia de muchas pequeñas casas que prosperan en base a la habilidad comercial de sus fundadores, a la integración de los habilitados en la empresa e incluso en la familia. Es por esta vía que se logra, frecuentemente, la permanencia de una razón social durante varias generaciones. «El comercio colonial no puede ser comprendido sin la exposición de la extraña sociología de que dependía gran parte de su estructura. Todas las pruebas de que disponemos indican que generación tras generación, desde la Conquista hasta la Independencia los inmigrantes españoles dominaron el comercio colonial. La mayoría de los almaceneros de la ciudad de México, muchos comerciantes ricos de las ciudades de provincia y gran parte de los comerciantes menores, eran todos originarios de la península. No obstante, la prueba de esta hipótesis es literaria, no estadística: se basa en la serie de relatos de viajeros e historiadores de principios del siglo XIX que tuvieron experiencia personal en la colonia. Pero la casi completa uniformidad de estas fuentes es suficiente para comprobarla, por lo menos mientras no se emprenda una investigación cuantitativa.» El cuadro de comerciantes que accedieron a la nobleza gracias a su profesión nos prueba también que en esa actividad se po-

dia alcanzar el anhelado ascenso social, coronamiento de una gran fortuna.

Un estudio económico y social de Guanajuato —el Bajo, la minería, etc.— se completa con un trabajoso análisis del censo militar levantado en 1792, sobre el que tratan de establecerse ciertas bases de comparación. Numerosos cuadros, relevamientos de inventarios sobre la composición de las fortunas de algunas familias, y cuadros estadísticos, nos proporcionan un excelente complemento para la mejor comprensión de los problemas que Brading aborda en esta investigación. Por último, hay que señalar que la sociedad que nos presenta el autor emergiendo de la estructura económica a estudio, cuenta con numerosos criollos entre sus filas superiores. No pocos son los que consiguen ascender en la escala social hasta la nobleza, desde su vinculación con el comercio y la minería.

Este libro nos proporciona una ventana por donde observar ciertas dimensiones de la colectividad colonial en México, en el periodo prerrevolucionario. De esas relaciones estructurales, estables y profundas, que se advierten actuando como líneas de fuerza, emergen nuevas posibilidades para interpretar el comportamiento de los diversos grupos sociales durante el periodo revolucionario e independiente. ■

**NELSON MARTINEZ DIAZ.**

## UN INFORME NADA SENSACIONAL

El fascismo, sus secuelas y ramificaciones, es algo que interesa a todos; fascina, como todo lo peligroso, y podríamos decir que tiene incluso cierto morboso atractivo: el atractivo del disfraz, de la escenografía, de la violencia incontrolada y del cálido sentimiento de estar incluido en un grupo, hecho uno con una multitud. Está de moda el fascismo en ciertos sectores; y no sólo como disfraz, sino también como postura ante la vida. Es algo que cabría explicar psicoanalíticamente: ya lo hizo Reich, en su «Psicología de masas del fascismo», y Fromm en «El Miedo a la Libertad». Y, precisamente al am-

paro de esa moda, se nos ofrecen subproductos desinformativos como el de Ernesto Cadena «La Ofensiva Neo-Fascista», subtítulo «Un informe sensacional» (1).

De sensacional, nada; en todo caso, se trata de un informe más bien sensacionalista, plagado de inexactitudes y de conclusiones apresuradas en las que se advierte un claro matiz derechista por parte del autor. Este es capaz de decirnos que los grupos de izquierda más revolucionarios son, en realidad, afines al fascismo; que los maoístas son hitlerianos; y que los sindicalistas de Franco se han pasado en masa a la CNT, donde encuentran la posibilidad de realizar su famosa «revolución pendiente». Y se queda tan tranquilo, el señor Cadena.

También se nos cuentan en este libro más cosas peregrinas: como por ejemplo, que el GAS, los «Guerrilleros de Cristo Rey» y otras organizaciones terroristas de ultraderecha no pueden considerarse como fascistas, porque están compuestas por delincuentes comunes y no tienen una ideología política definida.

Ernesto Cadena parece convencido de que el neo-fascismo en España no tiene poder ni fuerza reales. No cree, por ejemplo, que «Fuerza Nueva» sea fascista, sino de «nacional-derecha». Y, al hablar de las «tramas negras», explica que no han tenido nunca fuerza en nuestro país, ya que nunca hubo, como en otros lugares, elementos fascistas situados en puestos próximos al poder, dentro del gobierno o del aparato estatal. El señor Cadena parece, curiosamente, olvidar que durante cuarenta años padecimos un dictador llamado Francisco Franco, que tuvimos un jefe del gobierno como Carrero Blanco, etc. O tal vez no entren tales personajes en su definición bastante estrecha de lo que es un fascista.

Creo que ya hemos dedicado bastante espacio a este libro. Ni siquiera nos hubiésemos fijado en él, a no ser por lo que esta desinformación tiene de peligroso: hace creer en un fascismo casi inofensivo, casi inexistente, o lo reduce a sus aspectos más carnavalescos o inoperantes. El fascismo, sin embargo —y no el neo-fascismo, sino esa corriente de ideología y de carácter que prefigura un determinado comportamiento, y que está presente a lo largo de toda la



Historia de la Humanidad— está aquí, dispuesto siempre a dar el zarpazo; y es necesario conocerle, y conocerle bien, para impedirle que salte. ■ E. H. I.

## EL HOMBRE ES UN PURO SARCASMO

Samuel L. Clemens (1835-1910) escogió como seudónimo literario no un nombre rimbombante ni una ciudadana composición anagramática, sino un grito: **Mark Twain** —cuya traducción española sería «dos brazos» o «marca dos», grito utilizado por los marineros al echar la sonda— es el recuerdo del escritor de sus años de piloto fluvial y su homenaje a la añorada libertad del mar.

Y libertad —aquí, con el énfasis irrefrenable del romanticismo— es lo que respira abiertamente el libro (1) cuya edición ha propiciado Doris Rolfe, una profesora norteamericana —«doctora en Letras por la Universidad de Kansas», dice asépticamente la solapa—, que lleva casi dos años entre nosotros, en Madrid, dedicada a la labor callada y recoleta de la traducción y el estudio. En su acertada **Introducción**, Doris Rolfe señala certeramente esta ambición de libertad en M. T.: «En su actitud ha-

(1) Mark Twain, **Cartas de la tierra**, Ed. Zero Zyx, Col. «Guernica». Madrid, 1978, edición de Doris Rolfe.